

## Madariaga, historiador de la contemporaneidad

Desde múltiples ángulos puede acercarse el contemporaneísta a la proteica obra del inencasillable escritor gallego. El centenario de su nacimiento coincide con el medio siglo del comienzo de una guerra civil impensable en 1886, fecha en que verdaderamente la Restauración pasó su cabo de las tormentas; y no menos inimaginable desde el horizonte de 1986, año también en el que la celebración de las cuartas elecciones generales tras la «devolución de España» parece asentar igualmente sobre inmovibles cimientos una convivencia adulta y democrática. Esta taraceada cronología podría compendiar bien el núcleo de la obra intelectual del autor de *Ingleses, franceses, españoles*, así como también de no pequeña porción de su biografía íntima y personal. Desde que se lanzara al ruedo de la vida literaria, allá por el término de la primera contienda mundial, la obra de Madariaga demostró tendencia incoercible a nuclearse en torno a la meditación sobre las causas que habían provocado el desgarramiento interno del país en el siglo XIX y con él su difuminación en el panorama internacional. Dotado —quizá por su ascendencia galaica—, de poderes extraños para penetrar en el futuro de su pueblo, conforme éste se aproximó a la cima de 1936 más nítida se dibujó la preocupación del gran ensayista por las causas y factores que impedían a sus compatriotas encontrar un equilibrio entre tradición y progreso que posibilitara la adopción de un régimen político en el que el Estado jugara realmente un poderoso papel estructurador, al mismo tiempo que de signo de identidad de todos sus ciudadanos. Producido el conflicto, cabe hablar con propiedad de que el meollo del inmenso corpus bibliográfico salido de la pluma de este insobornable español, no tuvo otro norte que el de crear un clima de opinión que restañara las muchas y profundas heridas dejadas por los furores fratricidas, con el fin de que de la reconciliación nacional surgiera un entendimiento social y político que, como tierra prometida, aún tuvo tiempo de contemplar en su casi centenaria y admirable existencia.

Este es, desde luego, uno de los miradores desde el cual resulta provechoso observar y reconstruir la dilatada obra de uno de nuestros más señeros humanistas.

Gran parte de sus lectores se han familiarizado con ella a través del diálogo con el más conocido y divulgado de sus libros —verdadero best-seller mundial. Pero si «*España, Ensayo de Historia Contemporánea*» posee la clave última de toda su selvática producción, no por ello contiene todas las aportaciones con que la pluma de Madariaga ha contribuido a ensanchar el panorama del estudioso de la contemporaneidad

española y de buena parte de la internacional. Aunque D. Salvador no haya dado a luz recios volúmenes sobre los aconteceres de nuestro tiempo —excepción hecha de la segunda y única parte de sus incabadas memorias—, «*Amanecer sin mediodía*» (1921-1936) en sus incontables retratos de las personalidades más destacadas de éste (ya en su vertiente política, ya en su dimensión literaria), así como en los cuadros y retablos ofrecidos acerca de numerosos episodios y segmentos del pasado inmediato (ora en su perfil hispano, ora en su respunteamiento europeo o universal), el investigador de la España de las dos últimas centurias y del último siglo de historia mundial se abastecerá hasta el hartazgo con enfoque, visiones y opiniones del más subido valor científico. Acá, esperará Cánovas para confidenciarle algunos de los secretos de su titánica actividad; allá, se encontrará con la sombra cesárea de D. Manuel Azaña, cuya fibra humana y doctrinal quizá no haya tenido mejor escalpelo que el de Madariaga; más lejos, podrá solazarse con el genio y figura de D. «Inda», tan querido, pese a todo, por su retratista; aún más lejos entrará en conversación con Ortega, admirado en su majestad olímpica; aquí, topará con D. Melquiades Alvarez, ante cuya irreprochable figura se descubrirá D. Salvador; allí, el ciclópeo Galdós le será presentado como modelo de novelistas a un tiempo que de patriotas; no tardarán en comparecer, desde luego, ante la mirada del lector los «tres Franciscos», decantándose nítidamente las preferencias de su biógrafo hacia el *desideratum* de sociedad civil que Giner de los Ríos desgranó en aulas y páginas; Lorca y D. Fernando de los Ríos vendrán, sin tardanza, a acompañar al lector a la búsqueda de la esencia de lo español, en cuya incursión le hará compañía por cuenta propia, y por largo trecho, el propio D. Salvador... Y así es todo un fresco de nuestro pasado más reciente el que se puebla de goces y figuras a la llamada de un escritor dotado de todos los dones necesarios para la vívida y aleccionadora evocación de un ayer que ha tenido en él quizá su reconstructor más intuitivo, sagaz y completo.

La veta españolista regó anchamente de producción de uno de nuestros autores más «babelizados», conforme decía expresivamente el gran crítico Guillermo de Torre. No puede por ello sorprender que su inquisición acerca de lo que hemos sido y somos los españoles, se trasladara igualmente al nuevo mundo, la máxima creación histórica debida a pueblo alguno en opinión del autor del *Cuadro histórico de las Indias*. Sus polémicos libros acerca de «el Descubridor», «el Conquistador», y «el Libertador» no fueron, en esencia, otra cosa que un análisis de la personalidad hispana —incluso en el caso del italiano Colón— en su proyección y plasmación suramericana. También allí el fantasma y la realidad de la guerra civil siguió y acompañó y hasta explicó, el despliegue de todas las virtualidades del genio español —dígase en los mismos términos madagarianos—, cuya indagación imantó la pluma de un pensador para el que, como hemos escrito en ocasión anterior, los llamados y contravertidos «caracteres nacionales» existieron en todo tiempo y lugar. Con menor presencia que las etapas del período novohispano, el XIX americano goza también de un amplio espacio en la obra historiográfica y ensayística del autor de *Guía del lector del «Quijote»*. Como contrapunto y referencia obligada en sus reflexiones sobre ese mismo tramo del pasado peninsular, el investigador de éste obtendrá una provechosa venación en la consulta no sólo del «*Bolívar*», sino de otros muchos pasajes de la obra de Madariaga en torno al discurrir aza-

roso de las repúblicas de aquel continente desde su desgarramiento de la metrópoli hasta horas casi actuales.

Pero si, como es lógico, los destinos de Hispanoamérica han atraído con preferencia la atención de Madariaga, las peripecias vitales de éste con su prolongada residencia en diversos países europeos y el desempeño en sus aventuras por los mares de la política y diplomacia de cargos y puestos relevantes en organismos internacionales, acumularon en su espíritu y depositaron en su pluma saberes variados y aquilatados sobre sucesos y personas que «hicieron» la Historia. (Obvio resulta aclarar tras los títulos y contenido de la labor historiográfica del autor de *Personajes de mi tiempo*, que en su opinión eran las figuras de proa las que decidían el rumbo de los pueblos y marcaban su ruta, si bien de manera igualmente manifiesta su aguda inteligencia concedía a la masa anónima el peso decisivo que los historiadores de todo tiempo nunca le han regateado, incluso los más partidarios de las tesis paretianas). Los personajes más encumbrados de la escena internacional de la etapa de entreguerras forman un amplio cortejo en las muchas líneas dedicadas por el autor de *Visión de Europa* a rememorar los capítulos más importantes de su larga etapa ginebrina. Francia e Inglaterra constituyen la cantera principal de estas evocaciones, en las que tampoco faltan las alusiones a plenipotenciarios y políticos italianos y centroeuropeos. Después de la guerra civil española, aunque eclipsada un tanto su presencia pública en el proscenio de la «gran política», la voz y la pluma de Madariaga se consideraron por las democracias como uno de los máximos veladores de su preservación. Concluída la segunda conflagración mundial, la audiencia y el eco de sus palabras y escritos alcanzaron su punto culminante, en perfecta coincidencia de sentimientos e ideas con muchos otros correligionarios liberales y gentes venidas de la izquierda, que vieron en la expansión soviética el nuevo y gran peligro para la causa de la democracia. Sintomáticamente, el eje de gravedad de sus preocupaciones se trasladó ahora a Alemania Federal, cuya andadura siguió con ansiedad y viva simpatía hacia el hombre y objetivos.

Como es natural, el interés de la obra de Madariaga para el estudioso de la política y las relaciones internacionales del último medio siglo no deriva, esencialmente, de las curiosidades que sobre unas y otras relata un testigo de primer plano por su situación y lucidez, sino por las visiones y planteamientos de que están sembrados sus artículos y ensayos. No existe en la literatura de lengua castellana ningún otro testimonio semejante por la información de primera mano y por la acuidad de los puntos de vista, comparable ni lejanamente a los que aludíamos en la producción de nuestro famoso escritor, acreedor, como el que más, a un Nobel que de modo cicatero, le fue negado.

Fue el suyo un tiempo fundamentalmente de ocasos y resurrecciones. Las dos conflagraciones planetarias pusieron ante sus ojos la decadencia irremediable de unas formas de vida acuñadas en el crisol europeo. En el plano político y en el de la organización general de la sociedad, esta civilización lleva impresa la marca del liberalismo, creación máxima del espíritu del viejo continente, con la que Madariaga, bien consciente del relativismo del acontecer histórico, se identificaba plenamente. La causa principal del marginamiento español en la andadura contemporánea de otros grandes pueblos europeos radicaba, en su diagnóstico, en el escaso fermento que la levadura liberal había desplegado en una nación tan poco apta para el esfuerzo colectivo que

dicho credo reclamaba como premisa inicial. La absolutización del ego, el individualismo irreprimible del español había extraviado su carrera en una contemporaneidad en la que el liderazgo correspondiera a pueblos como los sajones o germanos, en los que el espíritu de acción se encontraba acompañado por un sentimiento de solidaridad, muy débil o inexistente en el alma hispana. Aunque el liberalismo no reforzaba, en verdad, este último talante, su honda vivencia de la tolerancia y su estímulo a cualquier empresa generadora de progreso social y económico impulsaba un talante convivencial de orden colectivo del que España careciera a la hora de forjar el mundo de las dos últimas centurias.

Buen liberal, el optimismo permanecía en el alma de Madariaga. El hundimiento de Europa sentenciado por los cataclismos bélicos de la primera mitad del siglo XX no era para él definitivo. Como para algunos ilustrados y liberales de la primera hora, América, acunada en todo por el Viejo Continente, tomaría el relevo y llevaría a su ápice la civilización heredada de aquél. La fe de Madariaga en los destinos del Nuevo Mundo se ofrece así ilimitada y sin resquebrajaduras. Esta confianza era una muestra más de su patriotismo ibérico, del que nunca desesperó, debido sobre todo a su admiración incondicional por la vitalidad de lo español, con cuyo carácter llegó a comulgar casi de forma idolátrica. En la civilización post-industrial que América encabezaría, los genes hispánicos latirían con gran fuerza. Esta nueva forma cultural vendría a su vez a ser el lugar de confluencia y cita del trío de grandes Estados forjadores del mundo moderno. Ingleses, franceses y españoles se convertirían así en los legatarios de lo europeo, y serían sus mejores esencias elevadas a la fórmula civilizadora que presidiría los tiempos venideros. Con teleologismo discutible, Madariaga contemplaba el despliegue histórico de los pueblos más occidentales de Europa, como una marcha instintiva e imantada por América, en la que proyectarían todas sus virtualidades y anhelos de una forma civilizadora superior a las conocidas hasta ese momento por la Historia.

Sometidas a los rayos X de una historiografía rigurosa, algunas de las teorías de Madariaga presentan sombras reveladoras de dolencias científicas. Su mirada fue en ciertos puntos en exceso aquilina; en otros asaz arbitraria y gratuita; sin que faltara tampoco en ella el voluntarismo y el apasionamiento. Su formación en este terreno fue autodidacta y escoriada por ende, de personalismo. Sus asombrosas lecturas y su enciclopedismo no pudieron ponerle a cubierto de una visión muy subjetiva del pasado, en especial, del de su patria, ya que el oficio de historiador no pudo ayudarle a marcar el distanciamiento indispensable para unos mínimos niveles de objetividad.

De esta manera, no son pocos los extremos en los que el contemporaneísta puede mostrar su discrepancia más o menos radical con su obra historiográfica. Ejemplos sobrados de ello se encuentran en uno de sus libros más controvertidos y penetrantes como es la biografía consagrada a Bolívar. Lo mismo cabría decir de su otro libro más azotado por la polémica, *«España, Ensayo de Historia Contemporánea»*. Pero a su vez, las dos obras señaladas comparecen ante el juicio del estudioso como una señalada prueba de los grandes aciertos que cosechó D. Salvador en su dilatada labor historiográfica. La tesis central de la primera es el mejor hilo conductor para penetrar en los entresijos últimos del proceso emancipador americano, visto singularmente a la luz de una guerra civil. Igualmente, el episodio central y nuclear de la meditación sobre lo español en